

DISCURSO

LEIDO POR EL EXMO SR:

D. SEGISMUNDO MORET

EL DÍA 17 DE NOVIEMBRE DE 1894

EN EL

ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO DE MADRID

CON MOTIVO DE LA APERTURA DE SUS CÁTEDRAS.

MADRID

EST. TIPOGRÁFICO «SUCESTORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, núm. 20

—
1894

DISCURSO.

DISCURSO

LEIDO POR EL EXMO SR:

D. SEGISMUNDO MORET

EL DÍA 17 DE NOVIEMBRE DE 1894

EN EL

ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO DE MADRID

CON MOTIVO DE LA APERTURA DE SUS CÁTEDRAS.

MADRID

EST. TIPOGRÁFICO «SUCESTORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, núm. 20

—
1894

SEÑORES:

Al inaugurar el presente curso, resumiendo los trabajos del anterior y tomando de ellos ocasión para preparar los del venidero, creo, señores, que nada ha de interesaros tanto como aquello que constituye la esencia y la base de estos actos, el Ateneo mismo.

La costumbre de sentir á nuestro lado y la posesión constante del objeto amado parece apagar la viveza de la afección que nos inspira, y disminuir la intensidad de los lazos que á él nos unen; pero ambos se revelan en toda su energía, si el temor de perderlo ó la duda de conservarlo se despierta alguna vez en nuestro espíritu. Tal vez en mí no hubiera surgido esa sensación si vuestra extraordinaria bondad, elevándome á este sitio, y encargándome dirigir vuestros trabajos, no me hubiese impuesto el deber de examinar de cerca y á fondo el estado de nuestra Corporación, y al hacerlo comparar, aun sin proponérmelo, el Ateneo de hoy con el de otros tiempos.

A unos y á otros oigo constantemente expresar algo

como duda, quizá como temor de que su brillante historia sufra algún eclipse que, aun habiendo de ser pasajero, nos inquieta y entristece; y hallo este sentimiento tan arraigado, sobre todo en los que más identificados se hallan con la vida del Ateneo, si es que esta distinción cabe entre sus socios, que he llegado á pensar si en este momento solemne y en esta noche en que nuestra atención se concentra en cuanto á la Corporación se refiere, no sería lo más propio y lo que quizá respondiese más al estado de nuestros ánimos entrar en el fondo y en el análisis de la posición que hoy ocupa el Ateneo en la vida científica de España.

Mis recuerdos se enlazan con su historia en una época en que sus esplendores científicos casi parecían eclipsar sus gloriosos antecedentes. Allá por la década del 56 al 66, el Ateneo, en su modesto local de la calle de la Montera, era centro tan potente de estudio y de propaganda que, aun oprimido y cohibido por el estado de inquietud y de reacción de los años que precedieron á la revolución de 1868, ejercía decisiva influencia en la marcha del pensamiento y en el desarrollo de las ideas políticas en España.

No es difícil explicarse aquel prestigio. Era el Ateneo, por entonces, el único sitio donde hallaba holgura y libertad el pensamiento; era, por esta razón, foco donde acudían los más insignes talentos y palenque donde aspiraban á darse á conocer y á ganar sus primeros laureles los que sentían dentro de sí el anhelo de la vida pública ó el trabajo interior de las ideas. Por los elementos, pues, que le componían, por las materias que allí se trataban, por la incuestionable autoridad que imprimía su aprobación, y
aun por el

contraste con la vida social, silenciosa é inerte, el Ateneo fué único en su clase y obtuvo, como recompensa de aquella su labor intelectual, un prestigio y una popularidad que trascendía hasta aquellas clases populares que sentían la inquietud de lo porvenir, aun sin comprender el valor de las ideas que agitaban nuestra sociedad. ¿Quién no recuerda aun aquella larga fila de oyentes que, después de llenar la cátedra y estrecharse en la escalera, todavía esperaban desde el patio los ecos del aplauso que se escapaban á través de las cerradas ventanas de la cátedra, cual si aquellas palpitaciones de entusiasmo les indemnizasen de lo que perdían, con el presentimiento de lo que esperaban?

Triunfó la revolución; las ideas contenidas en aquella diáfana, pero reducida esfera, irradiaron al exterior, se apoderaron de los espíritus, hablaron en las Cortes, inspiraron las leyes, transformaron el modo de ser de España; sufriendo luego su ley natural, se desintegraron en la lucha con la realidad, y separadas ya en tendencias aisladas y á veces antagónicas, parecieron desvanecerse y eclipsarse entre dolorosas y sangrientas crisis, para reaparecer al fin en nuevas formas orgánicas al terminar el período revolucionario.

No podía escapar el Ateneo á la ley universal de la vida que hace que los organismos, al florecer y al dar al espacio la vida que en su seno germina, se marchiten, pierdan su lozanía y entren en un invierno, tanto más melancólico cuanto fué mayor la galanura de su primavera y la riqueza de su estío.

Aquellas conquistas realizadas y aquellos beneficios logrados habían de afectar al modo de ser del Ateneo: la cátedra se alzó libre en todas partes; libre fué la re-

unión, la asociación sin trabas, y lo que había sido privilegio exclusivo de esta noble Corporación troceó en derecho común, á todo el mundo asequible, con pérdida del gran interés que en nuestra institución se concentraba, del mismo modo que al aparecer la aurora palidece y al fin se extingue la poderosa luz del faro que había sido guía en las tinieblas. Era natural que el interés solicitado por tantas fuerzas al exterior, difundido en tantas diversas direcciones, dejara de condensarse en nuestra casa, y que los fieles y adictos á ella empezaran a sentir como vacío é indiferencia en derredor suyo. Para reaccionar contra esas dudas, sus hombres más distinguidos concibieron la idea de construir para el Ateneo hogar propio, donde las comodidades de la instalación se unieran á los atractivos del arte; y el fervor y el empeño con que todos acudieron á esta empresa tan brillantemente realizada, fué testimonio solemne de que no se habían enfriado los antiguos amores que el Ateneo inspirara.

Pero los sucesos á que me vengo refiriendo, habían modificado profundamente las relaciones del Ateneo con el mundo exterior; y aquellos que miran siempre esta casa como su hogar científico, los que á ella han unido sus recuerdos, sus afectos y hasta sus costumbres volvieron á notar en torno suyo silencio que engendraba melancolía y soledades que presentían tristezas; y esto unido á las dificultades pecuniarias, que tan amarga hacen siempre la vida y tantos desalientos engendran, parece como que ha traído al Ateneo á un período de crisis, que es nuestro deber analizar y estudiar á fondo con la esperanza, por no decir con la seguridad, de dominarlo, sin necesidad de acudir á es-

fuerzos extraños y sin que la propia virilidad del Ateneo tenga que confesarse extinguida, y obligado para salvarse á tender la mano á los poderes públicos.

Sólo así, analizando las causas y el carácter de los cambios ocurridos y estudiando á fondo las relaciones del Ateneo con la sociedad, en medio de la cual vive, habremos de hallar los medios de restablecer el íntimo contacto que con ella tuvo en otros tiempos, manera segura de que nunca le falten ni la popularidad, ni los recursos materiales.

¿ Será, acaso, que el Ateneo haya terminado su misión, y que cumplido el servicio que á la España científica prestó durante la preparación del período revolucionario, nada le queda que hacer, siendo en ese caso fatal é ineludible su agonía primero y su desaparición después? No lo creo; y con la misma sinceridad que expongo el mal enuncio mi creencia en su curación y mi fé en el porvenir.

Cierto que ya no es nuestra tribuna la predilecta preparación de la vida publica; cierto que ya no se traza en el Ateneo, al escuchar los primeros acentos de los jóvenes que á la vida pública alborean, el horóscopo de su destino político; cierto que ya no puede decirse que en su cátedra se oiga el preludio de las grandes reformas y el prólogo de la vida oficial, pero, en cambio, misión más en armonía con el carácter reflexivo de nuestra época, es todavía el Único hogar donde se cultivan los altos estudios filosóficos, donde se dan á conocer los progresos de las ciencias, donde se rinde culto á las manifestaciones más elevadas del arte, donde se busca, por los que engendran las ideas ó las sienten latir en su cerebro, una tribuna para exponerlas, y

donde, sobre todo, se reúne el público de superior capacidad y de educación más cultivada, que pronuncia en último término aquellos fallos que acepta España entera, y que son, si no la condición indispensable, al menos una de las más valiosas para lograr el aplauso y la consideración pública. Y si bien se piensa y analiza, todo esto responde á un importantísimo aspecto de la vida social española, y lejos de ser apariencia que resulte de las combinaciones de momento, es realidad que nace del modo de ser de nuestra sociedad.

¿ Qué es hoy, en efecto, la enseñanza oficial en España? Fuerza es decirlo: no más que una preparación, y no siempre afortunada, para la vida práctica; una preparación para obtener un título; una preparación para ganarse la vida; algo que se sigue sin entusiasmo, se logra sin convicción y se conserva sin cariño; porque lo que se busca tras de ese esfuerzo es algo que no arranca, ni de la ciencia, ni de la enseñanza misma. Forzoso es construir el andamio para elevar la casa; pero ¿ quién se interesa por aquella temporal y artificiosa armazón, cuando está acabado el edificio que ha de albergarnos durante la peregrinación por este mundo ?

Pero aun cuando así sea, y quizás así deba ser por algún tiempo, que yo ni lo aplaudo ni lo censuro, todavía nuestra sociedad y con ella la humanidad entera tienen otras más nobles y más grandes aspiraciones. Al lado del trabajo constante y del esfuerzo diurno, de lo que se suele llamar la lucha por la existencia, hay todavía una aspiración constante, profunda, superior, manantial riquísimo de esa misma enseñanza, germen potente de cuanto constituye la vida, comparable tan sólo á la religión, que puede no percibirse á primera vista, ni to-

carse con la acuciosa mano del que busca las ventajas materiales, pero que allá palpita en el fondo, como el *alma mater* de la vida; y esa es la ciencia, la ciencia en sus altas manifestaciones, su cultivo desinteresado y nunca satisfecho, fundado en el amor de la ciencia misma, el deseo innato y constante en el hombre de descubrir la verdad, que, aun huyendo ante su paso, deja siempre adivinar alguno de sus misteriosos encantos; la invención de las leyes de la naturaleza, tan beneficiosas en la práctica cuanto ingratas en su descubrimiento; todo ese mundo, en fin, de la razón y del pensamiento, que convirtiendo lo inconsciente en racional, va sacando de la eterna nebulosa de lo incognoscible lo mismo las satisfacciones de la vida práctica, que el progreso moral, que los ideales del arte.

Y á esa deidad en ningún templo se la rinde hoy culto en España; en ninguna parte, que yo sepa, se siguen esos altos estudios científicos que no tienen más objeto, ni buscan otra satisfacción, que el descubrimiento de la verdad; en ningún lado aparecen consagrados los profesores y los alumnos á encontrar el enlace entre el incesante movimiento del pensamiento humano y el progreso que de él irradia, no sólo sobre la superficie de nuestro globo, sino por los espacios etéreos, donde la ciencia busca anhelosa los medios de agrandar el dominio del hombre.

No así otras naciones. En Francia, su inmortal Sorbona, fuente inagotable de su cultura científica, es el hogar donde, por medio de sus enseñanzas, se prepara esa riquísima literatura á que debemos la mayor parte de nuestra preparación científica. En Inglaterra, aparte el constante trabajo de sus dos grandes Uni-

versidades de Oxford y de Cambridge, se crean esos nuevos cursos libres, que se llaman por el nombre de los que los fundan, en los cuales han oído la juventud y analizado los hombres de ciencia las mayores y más trascendentales verdades sobre la historia de las religiones, sobre los enlaces del lenguaje con la creencia, y de las creencias antiguas, perdidas en la noche de los tiempos, con las palpitaciones del sentimiento religioso moderno. Italia tiene también sus estudios superiores admirablemente organizados en Florencia; y las Universidades alemanas ofrecen constantemente, y han ofrecido desde hace siglos, hogar y cátedra á todo el que elabora el pensamiento y siente dentro de sí la convicción suficiente para desear transmitir á los otros el fruto de sus reflexiones.

En España no hay nada de esto. En vano se buscaría en las Universidades, donde apenas si pueden contarse como movimientos en esta dirección los esfuerzos individuales y aislados de algunos profesores de enseñanzas superiores. Aun para éstos, nuestra organización especial, reduce su auditorio á los alumnos que para las carreras científicas se preparan; el gran publico y el gran auditorio que asiste á los centros indicados en otros países, ese no va nunca á nuestras Universidades. Sólo el Ateneo puede, pues, responder á esta necesidad sentida ya vivamente en nuestra patria; sólo aquí hay la absoluta tolerancia, condición indispensable de la exposición científica desinteresada y pura; sólo aquí hay la facilidad necesaria para que sin rozamientos á veces, y otras sin súplicas que envuelven humillación, puedan venir á exponer sus ideas cuantos elaboran el pensamiento humano; sólo aquí existe, sobre todo, un pú-

blico capacitado para entenderlo todo y suficientemente tolerante para que su crítica ilustre y eleve en vez de empequeñecer; sólo aquí reina esa atmósfera saturada de nobles recuerdos, donde vibran afín las más nobles emanaciones de la tribuna y de la filosofía española, y única en la cual parece que se mueve con libertad el pensamiento y se encuentra tranquila la conciencia.

Tiene, pues, el Ateneo aún una grande y elevada misión; hay para él un lugar preferente en la vida científica española: ayer era el palenque de la acción y la tribuna de la propaganda; hoy debe ser el templo de la ciencia y la cátedra de toda enseñanza seria, reflexiva, filosófica.

¿Me equivoco yo en esta apreciación? ¿Acierto en la manera de fijar los nuevos horizontes por donde deben dirigirse las enseñanzas y los caracteres que deben tener las del Ateneo? ¿Responde esta investigación á la realidad, de suerte que al afirmar el Ateneo su existencia en el mundo científico, para los fines y propósitos que acabo de enumerar, vea aumentarse el número de los que á él se asocian y todas aquellas otras consecuencias materiales que siguen de cerca al acierto y provienen de la popularidad? A vosotros os tocará decirlo: yo me limito á plantear el problema y á solicitar el concurso de vuestra crítica y la cooperación de vuestros esfuerzos.

Tengo, sin embargo, para mí que no voy descaminado, y me lo hace creer así la manera con que por su propio instinto, guiado por la iniciativa de los más preclaros de sus socios, ha ido el Ateneo preparando y sis-

tematizando en los últimos años sus enseñanzas de cátedra y sus trabajos internos. Desde hace algunos, la tendencia de cuantos han estado al frente de la corporación, no sólo en esta Presidencia, sino en la de las Secciones, ha sido buscar el modo de dar interés á sus enseñanzas, no tanto en la novedad de los temas, como en el carácter sistemático y reflexivo aplicado al examen de aquellas cuestiones que llaman la atención del país ó preocupan al mundo civilizado, y que por la índole de nuestra organización docente no encuentran otro punto ú otro sitio donde estudiarse o examinarse.

Y en este orden de ideas, sin acudir á los cursos anteriores y encerrándome en el límite del último, único del que tengo derecho á ocuparme y uno de los más brillantes de este período, fácil me es demostrar aquel aserto recordando los principales temas tratados en las Secciones y las series de conferencias dadas en este sitio.

Al inaugurarle su ilustre Presidente, y al exponeros el significado y el alcance de las llamadas leyes sociales y del trabajo, planteaba aquel problema que en nuestros días reviste en todo el mundo civilizado carácter de crisis violenta y de enfermedad aguda, y daba así ocasión y punto de partida á la Sección de Ciencias Políticas para estudiarlo bajo sus múltiples fases, penetrando en sus complicadas consecuencias y desarrollando sus infinitas aplicaciones con tal empeño, que no le fué dado agotar el tema y habrá de continuarlo en este curso, persiguiendo con interés, ya que no la síntesis de la presente lucha, que aun no ha llegado al estado de formularse, claridades suficientes para distinguir lo que puede considerarse ya definido y

conquistado, de lo que aun se pierde en las obscuridades de la crisis.

Tal vez en esta dirección sería de notable utilidad y de gran aplicación para la resolución científica del problema, el estudio de la evolución que la idea socialista viene haciendo durante los últimos años en los países que más se relacionan con España. Los contrastes que á primera vista ofrece ese estudio, son de grandísimo interés.

Desde los talleres nacionales de 1848 en Francia, y desde la *Commune*, de siniestra fisonomía, de 1870, á las manifestaciones condensadas en la sección sociológica de la Exposición del 89 y á la legislación de carácter mesocrático de las últimas Asambleas francesas, hay no sólo largo camino, sino tal desintegración de las primitivas ideas socialistas, que puede decirse se las ve ya injertas unas veces y adheridas otras á las antiguas organizaciones industriales por ellas condenadas, ó formando parte de los antiguos credos de sus partidos políticos, según la fórmula profunda y humanitaria adoptada por el actual Presidente de la República, al definir el carácter de su presidencia.

Más original aún la evolución inglesa, ha hecho surgir dentro de las antiguas *Trades Unions* el *nuevo unionismo*, que se distingue y caracteriza por su antipatía hacia la libertad individual y su tendencia á la intervención del Estado; á cuya singular protesta ha respondido el potente espíritu individualista de su raza con un llamamiento á los antiguos ideales, dando lugar á manifestaciones, entre las cuales quizá la más significativa es la aplicación tranquila y ordenada del sufragio universal á la resolución de las cuestiones so-

ciales, que acaba de tener lugar entre los obreros del algodón en Manchester.

Dos les han sido sometidas: la una relativa á la intervención del Estado, fijando por medio de la ley la jornada de trabajo en ocho horas; encaminada la otra á determinar la conveniencia de dar en los Parlamentos representación á la clase obrera. Y cosa extraña, en cerca de 80.000 votantes, los partidarios de la limitación legal de las horas de trabajo han reunido 38.804 votos, los opuestos á ella 38.364: 440 votos de diferencia en tan vital materia, no decidirá, seguramente, al Parlamento inglés á votar en contra de la libertad de contratación. Pero tampoco la representación legal de los obreros puede decirse que aparezca clara y evidentemente deseable á los ojos de aquellos inteligentes obreros: 35.342 votos la han apoyado ; 32.829 se han declarado en contra. Una diferencia, de 2.513 votos tampoco significa una opinión convencida y resuelta.

Ante este hecho, que sólo cito como ejemplo entre otros muchos análogos, se comprende perfectamente la génesis del problema político que se va planteando en la Gran Bretaña, y que reviste formas por extremo interesantes para los pensadores y los políticos. En esta lucha entre el socialismo. y la libertad individual, el partido liberal hizo triunfar por escasa mayoría en la Cámara de los Comunes dos proyectos de ley: uno, fijando en ocho horas la jornada del trabajador; y otro, haciendo obligatoria la responsabilidad de los patronos, aun cuando los obreros estipularan en sus contratos lo contrario; pero los conservadores, los Lores, han rechazado ambos proyectos en nombre de la libertad del trabajo y del contrato. Y entonces, la cuestión, adop-

tando ya las formas jurídicas que los ingleses dan á todas sus luchas, se transfiere al terreno político, pidiendo los liberales al país los medios de reformar la Constitución modificando ó suprimiendo la Cámara Alta, á fin de hacer omnipotente la de los Comunes; lo cual significa que en esta encarnizada lucha en que la cantidad trata de imponerse á la calidad, los socialistas ingleses, en vez de invocar la revolución para el éxito de sus ideas, acuden á la transformación de los organismos constitucionales. Lección consoladora y elocuente á favor del procedimiento que busca y logra por la vía jurídica y pacífica el establecimiento de un nuevo estado político y social, al cual en vano aspira por los extremos de la brutalidad y la violencia, por el olvido de todas las leyes morales y por la negación de todos los principios de libertad, la propaganda de hecho, que la extrema izquierda del socialismo confía á las criminales manos de los anarquistas.

Mientras tanto, Alemania, la patria del socialismo filosófico y de las ideas abstractas é indefinidas, pero profundas y sistemáticas, ha desenvuelto las antiguas teorías de Fernando Lasalle y de Karl Marx, de un lado hacia el socialismo gubernamental, con el cual quiso dominarlo el Príncipe de Bismarck, y del otro hacia el empleo del sufragio universal, combinado con la propaganda de la indisciplina entre la fuerza armada, claramente formulada por Bebel en respuesta al llamamiento que el emperador Guillermo acaba de hacer en Koenisberg á los elementos conservadores.

Quizá el conocimiento exacto y la determinación clara de esta evolución del socialismo en los tres grandes países de Europa y el contraste que necesariamente

ofrece con lo que sucede en la América del Norte. donde el problema no ha penetrado aún en las esferas del Estado, diera mucha luz y aclarase bastante el concepto de lo que aquí entre nosotros, como en los pueblos donde la lucha no es tan vehemente, ni la crisis tan aguda, ni la amenaza tan terrible, convendría hacer para prepararse á una evolución que sería inútil resistir, cuando de un lado se apoya en el principio de igualdad, y del otro se ampara con las enseñanzas de la religión.

Si solicitado por el interés universal de un hecho de tamaña trascendencia, el Ateneo ha estudiado y trabajado la cuestión socialista, no habían de faltar en su tribuna voces que se ocupasen de otra que el año pasado conmovió los sentimientos más íntimos de la nación, poniendo ante su distraído espíritu de una vez y con la vehemencia de las grandes emociones, sus ideales en Africa , los recuerdos de su gran historia y las consecuencias de sus inexcusables olvidos. Los sucesos de Melilla, la inexplorada y misteriosa comarca del Riff que la rodea, la misión de la diplomacia española en Tánger y aquella descripción de Melilla, Tánger y Gibraltar, con que un inteligente viajero coronaba estas conferencias, pasaron por esta cátedra y desde ella respondieron al interés y la expectación del país.

La lucha económica, las complicaciones del sistema monetario, la reaparición de la protección, el eclipse del librecambio, y las relaciones de todo esto con las alteraciones del valor de la plata y con las crisis del sistema monetario, fenómenos que afectan no sólo á España, sino á la totalidad de las relaciones mer-

cantiles de los pueblos de Europa y de América, dió lugar á elocuentísima polémica, de la cual bien puedo decir quedó en vuestros ánimos la impresión, de que esta nueva faz de la transformación económica de los pueblos está aún indecisa, no percibiéndose todavía cuál será la síntesis que resuma este período, en que los intereses han oscurecido la noción de la libertad y han torcido las ideas que guíaban el desenvolvimiento económico de los pueblos.

Forzoso me será hacer caso omiso de todos aquellos otros trabajos del Ateneo que, á pesar de su brillantez y del interés que despertaron, no se prestan al estudio sistemático, ni á la clasificación que vengo haciendo; pero aun dentro de ellos, habré de agrupar como conducentes á mi propósito los que por su carácter artístico responden á la aspiración hacia el ideal de lo bello, manifestación, en mi sentir, una de las más importantes de la vida moderna. La historia del arte, especialmente en algunas de sus épocas; la descripción de monumentos de España apenas conocidos; las excursiones por el suelo patrio; los recuerdos del Madrid viejo, y la crítica de algunas de las reformas en aquellos mismos monumentos intentadas, todo eso, elegantemente expuesto, rodeado de novedad y de atractivo, realizado con el interés de la contemplación de algunos de los objetos que motivaban el estudio, es indicación preciosa que yo recojo y que os someto, porque en mi sentir, este cultivo de la ciencia de lo bello, este estudio del arte en sus manifestaciones externas, es una de las necesidades más vivamente sentidas en la sociedad y más difícilmente satisfechas. Aun cuando así no fuera, todavía merecen nuestra atención la necesidad de reno-

var los ideales, de ofrecerlos á la contemplación de los más, y de depurar todo cuanto hay de noble y levantado en las artes, para evitar que la facilidad y la baratura de su producción, sobre todo en la música y en la poesía, acaben por dar á la vulgaridad el triunfo sobre el ideal.

No sería justo, al tratar del culto que á las Bellas Artes rinde el Ateneo, olvidar aquellas tres memorables sesiones consagradas la memoria de los muertos, y en las cuales los acentos de la música y las galas de la palabra vinieron á acompañar en este recinto á las lágrimas de los deudos y los amigos, vertidas en el sepulcro de aquellos de nuestros socios que para siempre nos dejaron.

Pero de mayor interés que todos estos asuntos, quizás menos palpitante, pero más profundo aun que el de la cuestión social, es el que inspiró aquella serie de conferencias felizmente discurrida por el Sr. Azcárate, y encaminadas á investigar la verdadera naturaleza, la fuerza propia y los medios de acción de esa potencia directora de la vida social que se llama la opinión pública. De dónde nace, cuales son sus orígenes, cuáles sus componentes, cómo se revela en cada país, cómo influye en la vida científica, en el Parlamento, en los partidos, en los Gobiernos: todo esto se quería averiguar, y todo eso fué aquí examinado. Bien merecieron del Ateneo los hombres ilustres que de hacerlo se encargaron; ellos han dejado impresa en nuestra conciencia la noción de que existe dentro y en derredor de nosotros mismos una fuerza que nos guía unas

veces, nos impulsa otras y nos avasalla las más, sin dejarnos ni aun tiempo de darnos cuenta de la dirección en que nos arrastra, y de preguntarnos si obra con legitimidad o con engaño. Bastaría señalar este carácter, para que inmediatamente se despertara en la conciencia de los individuos, y sobre todo de los hombres públicos, el deseo de no ceder á su impulso sin haber examinado atentamente sus móviles y sus orígenes; porque de no hacerlo, en estos tiempos en que de libertad alardeamos y en posesión de la cual nos creemos, se convertiría la opinión pública en algo parecido á la antigua fatalidad de las religiones paganas, contra la cual es inútil la protesta y pierde todo su mérito el esfuerzo. Hubiérame sido dado consagrar el tiempo y la reflexión necesaria á tan grave materia, hacia ella hubiera solicitado vuestra atención en esta noche; pero aun pareciéndome poco prudente tratar á modo de recuerdo y en forma de revista asuntos tan importantes, habéis de permitirme exponer un punto de vista y una consideración que en mí despertaron las enseñanzas del curso anterior, con la esperanza de que también á vosotros os interese lo bastante para concederme aún algunos minutos de atención.

El esfuerzo de cuantos han tratado estas materias, se ha encaminado á precisar y definir lo que es la opinión pública, á caracterizarla en su esencia, á definirla en sus manifestaciones y á tratar de precisarla en sus efectos. Pero después de recoger cuanto elocuentemente se ha dicho en este sentido, todavía parece necesario recordar que en la formación de lo que se llama la opinión pública, o sea el general sentir de un pueblo, entra aquella nota dominante que en un momento

dado, y cual si fuera el tono general de un cuadro en el cual se destacan las figuras, influye y determina el modo de ser de las generaciones de aquel tiempo, constituyendo la característica, no ya local y propia de un pueblo, sino, al contrario, total de una época, como resultante del estado general de los espíritus y producto de las ideas y de las enseñanzas de las generaciones precedentes.

Y es de tal fuerza esa corriente, es de tanto valor aquel impulso, que el que pretendiese explicar el estado de la opinión de un país, y aun de un hombre que representante de esa opinión pueda llamarse en un momento dado, se equivocaría ciertamente, si no tuviese en cuenta ese factor que pudiéramos llamar el sentimiento humano de su época.

Bien lo saben los escritores ingleses, tan expertos en el arte de la Historia, cuando, al escribir la biografía, procuran hacer del personaje á quien la consagran la figura central de un cuadro dentro del cual se mueve y en el que ejerce su influencia, cuadro complejo pero interesantísimo, en que á un tiempo se admira la vigorosa individualidad de la figura central y se ven los reflejos de cuanto le rodea llegar hasta él é irradiar de nuevo al exterior en forma de ideas ó de actos, á través de su pensamiento transformados.

Lejos de mí preconizar en este momento las teorías de Carlyle, y explicar la historia por la influencia y el culto de los héroes; pero séame lícito afirmar que no hay trabajo más interesante ni estudio mutis fascinador para mi espíritu, y entiendo que para la generalidad, que esa manera de ver cómo en ella, la totalidad del pensamiento y la síntesis de los juicios individuales, que se

llaman opinión pública, se condensa y transforma en los hombres que simbolizan su país y las ideas de su tiempo, y con ella hacen la gloria y el poderío, ó la tristeza y la vergüenza de los pueblos á cuyo frente se han encontrado.

La fecundísima historia del siglo XIX presenta con abundancia los ejemplos: William Pitt y Napoleón I en sus comienzos; más tarde, Cavour, Lincoln, Luis Napoleón, Bismark, Alejandro III, son tipos de estas grandes síntesis de la opinión pública, en los cuales no es posible, aun al investigador más sagaz, separar lo que pertenece á la masa de lo que corresponde á la energía individual.

Al estudiar, pues, estos fenómenos y al ver, sobre todo, de qué manera los ilustres oradores que aquí los han analizado, han sido llevados por un común instinto á discernir dentro de esa opinión pública lo que en ella es fundamental y de esencia, de lo que sois movimientos apasionados y transitorios, y á examinar, además, el modo con que ya los organismos que se llaman partidos, ya las órganos de esa opinión que se llaman Parlamentos, ya en último término los Gobiernos, que son la función más alta de la vida social, han de seguir y obedecer ó resistir y contrarrestar esa opinión pública; al ver, repito, todos esos simultáneos esfuerzos, asalta á mi pensamiento el deseo de analizar alguno de los elementos que, por su caracter genérico y por extenderse á casi todos los países de igual ó semejante civilización, ha de ser siempre uno de los factores más importantes de la opinión ; el espíritu dominante de la época.

Al intentarlo, la mayor de las dificultades consiste,

sin duda, en poder apreciar exactamente lo que significan y valen los hechos dentro de la sociedad contemporánea, de cuyo criterio y sentido general hemos de ser representantes y aun consecuentes; y la dificultad es grande, no sólo por la multiplicidad de los hechos que á cada momento están solicitando nuestra atención, sino por la diferente manera con que á ella llegan, siendo frecuente que los más criminales, escandalosos ó sorprendentes ocupen lugar preferente y obtengan más extensa noticia que los actos heroicos, las aplicaciones de la virtud, los sacrificios individuales y todo aquello que por su misma índole es permanente, duradero y trascendental, mientras que suele ser, por el contrario, pasajero y superficial lo que obtiene mayor resonancia.

Quizás bajo este criterio cae en primer término, lo que pudiéramos llamar la corrupción de los pueblos modernos, corrupción que por lo brillante de sus apariencias y lo sonoro de sus escándalos, parece ocupar más lugar del que realmente tiene y producir mayores consecuencias de las que á la verdad y por fortuna engendra; en cambio la piedad sencilla, la constante práctica de la virtud, la religión fervorosamente sentida, la caridad modestamente ejercida pasan como las corrientes profundas y subterráneas, que se perciben menos, pero labran más que las formas falaces y atractivas del vicio.

Pero no es esto lo que principalmente me propongo señalar. Lo que me importa y preocupa, es aquella dirección y tendencia general de una época que escapa á la atención vulgar, que no se encarna en hechos salientes y notables, pero que en cambio penetra é im-

pregna todos y cada uno de los hechos de la vida, dándoles el colorido y dirección que sólo al cabo de un largo período, y aun en comparación con los que le han precedido, se distinguen y caracterizan con claridad suficiente.

Imposible sería, colocado ya en este terreno, intentar siquiera un análisis completo de las influencias que han formado el carácter particular de la Europa moderna. Los fenómenos históricos no pueden ciertamente ser bien entendidos por aquel espectador que, colocado dentro de ellos, carece aún de la perspectiva del tiempo, sin la cual no se destacan bastante las figuras que reflejan el tono dominante en aquel período; pero bastará á mi propósito indicar algunas de las circunstancias que me parecen determinar el carácter de la época en que vivimos. Este carácter, para decirlo de una vez, es el pesimismo.

Alemania, Rusia, Francia é Inglaterra, ofrecen indudables síntomas de esa enfermedad moral, y no es difícil descubrir sus signos característicos en Italia y en nuestra patria. El sentimiento contemporáneo europeo parece moverse por este camino, y ciertamente que á nadie ha de sorprender, si se tienen en cuenta las diferentes influencias que en esa dirección le empujan.

Recordemos ante todo que en nuestros días se ha formulado por vez primera la filosofía del pesimismo, que no sólo ha encontrado en Schopenhauer quien le dé todos los caracteres de un sistema filosófico completo, sino que ha tenido en Hartman un apóstol que lo ha popularizado por doquiera. Nótese también que el pesimismo en filosofía ha aparecido después que Byron, Leopardi y Heine habían impregnado la poesía de ese

mismo caracter. La humanidad, que había encontrado algo de lo que en su interior pasaba en aquella sombría literatura, que había saboreado aquellos versos y muchas veces se había conmovido con los tristísimos sarcasmos de Heine y con las melancolías de Byron, ha creído sentirse retratada en las desesperadas estancias de Leopardi.

Y si después de consignar estas dos notas históricas bajamos al fondo del pensamiento europeo, teniendo por guía nuestro propio pensamiento, y estudiando el de los demás por el reflejo de nuestro íntimo estado moral, hallaremos que el cinismo intelectual que ha presidido a la educación de las generaciones que aun viven, consecuencia del escepticismo religioso en que se educaron nuestros padres y que nos transmitieron como herencia inevitable, ha venido a aumentar el vacío que en nuestras almas iba produciendo la decepción de tantos ideales sociales y políticos muertos á nuestra propia vista en estos últimos años. En política, en ciencia social, en filosofía, en estética, los ideales que al comienzo de nuestra vida estaban sobre los altares, yacen en el polvo; y cuando buscamos por todas partes, desde la base de la moral hasta en la graciosa forma artística, algo que sustituya lo que ha muerto, algo que llene en nuestra alma el vacío que dejaron tantas decepciones, sólo hallamos ruinas y sombras, con las cuales ni se reedifican los templos, ni se iluminan los Horizontes del porvenir.

¿Qué extraño, pues, que la tendencia pesimista caracterice nuestra generación ? La crítica histórica, que ha deshecho tantas afirmaciones tenidas hasta ahora por exactas, ha producido necesariamente la desconso-

ladora negación de un sin número de creencias, que eran, por decirlo así, el ideal de lo bello en la historia y el consuelo de muchas amarguras en el presente. Las verdades científicas que han surgido de esta crítica universal no han dado todavía á la humanidad, ni la fé necesaria para fortalecer la voluntad, ni la inspiración que engendra el arte; de aquí la falta de fuerza creadora en el pensamiento y de energía en la voluntad, y la triste tendencia a buscar en la emoción sensual lo que antes se encontraba en las profundidades de la música, en la serenidad de la conciencia, en las delicadezas de la poesía ó en los secretos de la composición artística.

De otro lado, la queja de los que sufren es la característica de nuestra sociedad. Las masas de los pueblos más importantes de Europa han aprendido hasta qué punto son monstruosas las desigualdades de la vida social; y mientras que sienten el sufrimiento y lanzan la amarga queja, que repercuten los infinitos medios de la publicidad moderna, no perciben aun sus espíritus la consoladora esperanza del remedio.

Cuanto más acrece el bienestar material, cuanto mayores son los adelantos de las artes domésticas y de los medios de locomoción y aumentan las facilidades de extender á la masa lo que antes disfrutaban sólo los privilegiados de la fortuna, más horribles se hacen los contrastes, más amargas las quejas, más irritantes las injusticias y más profunda, por consiguiente, la tristeza del alma al contemplarlas ó la decepción del espíritu al buscarles el no encontrado remedio.

Unense á esto las consecuencias de los hechos mis notables de nuestros días. Alemania realizó su unidad y gozó un momento de extraordinaria gloria alcanzada

en las dos guerras con Austria y con Francia; pero el que hoy recorra el imperio alemán ó lea la multitud de publicaciones, donde puede decirse se exhala la queja íntima de los que sufren, adquirirá pronto la convicción del desencanto y del malestar que se siente en el seno de aquellas familias y que principia á aparecer en la superficie.

Las glorias de París y de Sedan han sido olvidadas bajo el peso de los crecientes impuestos y de la carga, á veces insoportable, que impone el servicio militar. Las clases obreras, inoculadas ya del socialismo, no se contentan con lamentarse de los males que antes se atribuían á meros errores económicos, y buscan en las reformas políticas los medios de regenerar una organización social, dentro de la cual se sienten cada vez más oprimidas; y aun cuando la absoluta libertad de que allí goza el espíritu da constante expansión á las ideas y las impide torcerse y desnaturalizarse, como sucede, por ejemplo, en Rusia y como sucedió un tiempo en Francia, el estímulo de necesidades materiales sentidas hondamente por las masas no se satisface, ni se paga de las utopías científicas, ni aun de las promesas del socialismo de estado. ¿ Qué extraño, pues, que el pesimismo de Hartman sea y continúe siendo popular en Alemania?

En Francia, la aureola militar de las guerras de Crimea y de Italia, aquella confianza en sí propia que hacía exclamar sí Luis Napoleón, «cuando la Francia este contenta, la paz está asegurada», se desvaneció al horrible despertar del choque con Alemania y de la ignominia de Sedán. Los sangrientos excesos de la *Commune* de París, gritos de infernal desesperación que arrancó aquel contraste, hicieron aun más pa-

tente la terrible decadencia y el estado de descomposición interna de aquella brillante sociedad. Todo lo que en el alma de aquellas generaciones había de orgullo, de satisfacción, de confianza en el porvenir, de olvido de los sufrimientos humanos, hubo de convertirse en amargura, en decepción y en desencanto; y eso, unido á las grandes pérdidas materiales, á la falta de consideración en el mundo, á las duras lecciones, en fin, de la experiencia, ha dado á aquello que la Francia contemporánea produce con más abundancia, y que refleja con más exactitud el estado de su espíritu, la novela, el tono de escepticismo que inspira á Paul Bourget y el desaliento de que se ha hecho eco Max-Nordau.

Fenómenos semejantes, aunque de aspecto diverso, ofrece Inglaterra. Gigante en su poder naval, durante la lucha con el primero de los Napoleones; poderosa por su comercio y su riqueza, y extendiéndose por todas partes del globo con vertiginosa rapidez, ha llegado, sin embargo, un momento en que al tocar los límites de la expansión, el presentimiento de la lucha sustituye á la confianza en su poder. Y al analizar con la frialdad propia de la raza sajona la realidad, ha encontrado, quizás, que son más las probabilidades de la derrota que las del triunfo, y mayores cada día los esfuerzos necesarios para sostenerse á una altura que por sí misma es un peligro, y que por su propia naturaleza envuelve un riesgo permanente.

En vano querría hoy Inglaterra desentenderse de las cuestiones que en el mundo surgen; cuanto en él acontece le interesa ; cuantas agrupaciones de fuerzas puedan formarse en la parte habitada del globo terráqueo, pueden ser otras tantas amenazas para su existencia.

Ella, la reina de los mares, necesita para su diario mantenimiento los productos de todas las latitudes y la seguridad de la navegación de los barcos que traen á sus mercados los lejanos productos. Mientras la idea de la guerra subsista, y nadie piensa que pueda desaparecer, la amenaza que pesa sobre Inglaterra es la de ser ó no ser, y de aquí la inquietud que ha penetrado en su vida política, y esa tendencia pesimista formulada en el libro de Mallock, que plantea á sus contemporáneos esta sencilla cuestión «¿ la vida es digna de vivirse?».

Y aquí me detengo en esta enumeración. ¿ Para qué hablar de Italia, cuya transformación hemos seguido con tanto interés, de cuyo entusiasmo por su unidad hemos participado con tanta alegría, y de cuya actual tristeza y melancolía tenemos pruebas constantes, que nos llegan tanto más al alma, cuanto más se asemejan á las nuestras propias?

Con la unidad destelló un momento la gloria desde los Alpes hasta el mar Tyrreno; pero han venido las luchas internas, las cargas insoportables, el intolerable impuesto, la absorción por el Estado de casi todos los elementos de la vida económica, una lucha religiosa intestina, una política internacional difficilísima, una disgregación interior de aquellas mismas fuerzas populares que hicieron la epopeya de la unidad italiana; y con ello el desencanto, la decepción y la amargura de un presente, en el cual tan sólo la necesidad de conservarse y de vivir implica rudísimo trabajo, que no viene á hacer más llevadero la esperanza de conseguir al fin la estabilidad y la calma.

En cuanto á los hombres y á las generaciones que

en España han vivido los últimos cincuenta años, nada necesito deciros. El mismo ardor con que abrazaron los ideales, explica el desencanto y la tristeza de los presentes días. Aquella misma predicación elocuentísima y sonora que acarició nuestros oídos en la juventud, pintándonos las excelencias del progreso y haciendo casi una religión de la armonía en la vida humana, parecería hoy un sarcasmo para espíritus que se sienten inclinados á pensar que la gran síntesis de la ciencia humana está en la frase de la Biblia: *vanitas vanitatum et omnia vanitas*.

Basta, señores, en esta triste enumeración de las amarguras de nuestra época ; basta, porque quizás vais pensando al escucharme que yo quiero hacerme eco de todas esas decepciones, y que también mi espíritu está contagiado del pesimismo. No, á la verdad ; lo veo en mi derredor; lo siento en los hombres que dirigen las sociedades modernas; lo leo en los libros; lo escucho en la poesía; lo percibo hasta en la música; pero como procuro darme la razón de lo que existe, y como hallo su explicación en los sucesos y en los hechos, considero que es el deber de los individuos reaccionar sobre todos esos elementos, y volviendo la vista atrás para asegurarse de que no son más que las consecuencias del período histórico que atravesamos, tomo aliento en la contemplación del ideal para continuar con fé á través de las dificultades de la vida.

Pero cumplía á mi propósito, y era condición esencial de las observaciones que os he sometido, señalaros ese factor de la opinión pública, como uno de los más importantes, y de los que reclaman mayor atención para apreciarlo en su valor debido, y al lado del cual resalta y

se agiganta la importancia del otro factor: el individuo. En él vienen á resumirse todas las impresiones del exterior; en él se transforman; y por eso mientras la inmensa mayoría se deja llevar de la corriente general, toca á los espíritus directores y á las individualidades bien caracterizadas dirigir esas corrientes, cuando no resistirlas y cambiarlas, hacia las direcciones saludables del progreso humano. Nadie debe tener la pretensión de imponerse á las circunstancias; apenas si nos es dado sobreponernos á ellas; pero es deber ineludible de los que están al frente de las sociedades y de los que á su gobierno son llamados, darse cuenta de las diferentes fuerzas que en su derredor se agitan, ya para seguir su resultante, que es, en último término, lo que algunos llaman el arte de gobernar, ya, sobre todo, especialmente para aquellos que tienen un ideal y se han dado cuenta de los destinos de su patria, para dirigir y aprovechar esas mismas circunstancias, enderezándolas hacia el fin ambicionado.

Y después de todo, ¿quién podrá, en un momento dado, distinguir si la verdad está en la impulsión ciega de la masa. ó en el individuo que con ella lucha ? ¿Acaso la crítica no llegó hasta ridiculizar al Conde de Cavour, cuando aconsejó á Víctor Manuel enviar los 12.000 piamonteses á Crimea? Y, sin embargo, de aquella inspiración salió pocos años después la unidad de Italia. ¿No era declarado poco menos que insentato el entonces Conde de Bismark, cuando, uno tras otro, disolvió cinco Parlamentos prusianos, y mantuvo aquella lucha titánica contra la opinión pública, que vino al fin á postrarse sumisa ante sus plantas, y á reconocer su inmensa superioridad ante el triunfo de Kœnis-

graetz, que dió á su país la supremacía en Alemania, y preparó la creación del Imperio, que se formó al calor de los nuevos triunfos obtenidos sobre Francia?

No debo ni prolongar los ejemplos ni continuar abusando de vuestra atención; he querido recoger el sentido de aquellos notables trabajos, presentes aún en vuestra memoria, para invitaros á unir á sus valiosas reflexiones la fuerza que en la opinión pública representarán siempre estos dos factores: el general sentir de la época en que se vive, y las iniciativas de aquellas individualidades vigorosas, llamadas a realizar, en un momento dado, las vagas aspiraciones de los unos, ó hacer frente, resistir y domeñar las vulgares resistencias de los más.

Pero al llegar aquí, recuerdo que el punto de partida de todas estas reflexiones, es el que también debe ponerlas término. Ellas han surgido al exponeros los trabajos del Ateneo y al estudiar con atención la forma y dirección que han tenido, para deducir de ellas cuál es la misión y el lugar de nuestra institución querida en el mundo científico español.

Después de lo que he dicho, ese lugar me parece tan definido y tan claro, que espero que mi idea, más que adversarios, habrá de encontrar auxiliares, y en todo caso perfeccionadores.

Por lo que hace y por lo que toca el Ateneo, por los vacíos que debe llenar y por las aspiraciones que tiende á realizar, parece, señores, que el porvenir de nuestros estudios está trazado dedicándonos reflexiva y constantemente á estos puntos de vista: al cultivo de

la ciencia, en su más alta esfera, donde se busca la verdad por la verdad misma; á suplir las deficiencias de la enseñanza oficial, trayendo constantemente á este sitio aquello que en ninguna otra parte se enseña, y á aquellos que no encuentran en otro lado, ni la tribuna que reclaman, ni el auditorio que ha de juzgarlos, y, por último, á la exposición perseverante y acabada de los ideales del arte, á la contemplación, bajo el punto de vista estético, de aquello que, en íntima conexión con la Naturaleza humana, podemos considerar con seguridad el ideal en su forma más bella y atractiva.

Consagrándose á esos estudios, el Ateneo está seguro de que á él habrán de acudir todas las fuerzas sociales que sienten esas necesidades: su historia continuará enaltecida, su porvenir asegurado, y nosotros, los que tanto le debemos, habremos pagado parte de nuestra deuda manteniendo su prestigio y legando este poderoso medio de ilustración, no igualado nunca en España, á las generaciones que han de seguirnos.

HE DICHO.